

Los territorios son nómadas, se manifiestan como flujos sensoriales. En este sentido, los paisajes brotan variables entre micro y macro, revelando una profundidad infinita, nacida de la fecundación no solo de elementos materiales, sino de dos fieles vástagos del universo: sonido y luz, con ello tiempo y frecuencia, espacio y forma; las ondas.

Es precisamente esta ondulación el concepto utilizado por la presente obra para entrelazar la selva del Darién (Colombia) en sus manifestaciones temporales, las cuales se presentan no como meros parámetros referenciales y abandonan la idea de figurar el entorno, definir sus especies o atrapar la sensación del mismo en rígidos moldes de conceptualización. En vez de ello, se le plantea un juego al visitante, un juego de sombras y silencios, de ráfagas y microsonidos, de cromatismos y atmósferas invisibles, valiéndose de la desterritorialización de registros audiovisuales de la selva para aventurarse en su expresión íntima, en su destreza poética, más allá de representaciones preconcebidas y parábolas puntuales del hábitat. Con esto propone así una ecología estética que considera inseparable la unión entre la desnudez de la naturaleza y el sentimiento inocuo del visitante, aquí interpelado por un rizoma de tonalidades resonantes, deformaciones acuosas y repliegues caleidoscópicos de texturas etéreas.

Cada reverberación y cada viso luminoso encuentra su nicho en la profundidad de la selva del Darién, sin embargo, esta no es asumida como un territorio objetivado y definido únicamente desde la geografía, sino que se ve sugerida en una profundidad espiritual con lo selvático, declarada únicamente en la contemplación, en el *aquí* de la

naturaleza y el *ahora* de la percepción. Así la selva que aparece en el Lab3 se abstiene de simular del entorno y se abre como esfera de experimentación donde la percepción es laboratorio y el acontecimiento es la jungla misma, observada, contemplada, sentida; vívida en un artista que emerge no como artífice sino como médium de señales de luz entre la materia, confidente de las cacofonías del territorio. Esta preocupación por la experiencia resulta en una instalación de amalgamas cambiantes de la ondulación, tejidas en una abstracción que se da como llamado a vegetar en un organismo vibratorio, a sembrarse uno mismo como ecosistema donde acaece un viaje personal en el cual la acción sensorial trasciende las vicisitudes del vuelco a los objetos y en vez de ello se regocija profundamente en la frágil sacralidad de lo simple.

El juego estético-poético de '*Darién: ondas*' se presenta como posibilidad de esculpir el espacio-tiempo desde la confluencia de valores orgánicos e intervenciones tecnológicas, utilizando la temporalidad como eje del movimiento expresado en la imagen visual y el objeto sonoro, desde los cuales se apela a una capacidad ficcional del territorio natural donde hablar de poesía poco tiene que ver con embelesadas metáforas o curtidos itinerarios hiperbólicos. Por ello se aproxima sin máscaras a lo crudo y simple en tanto reflexión del instante como relámpago de tiempo que permite recorrer cada punto de la actividad ondulatoria para pregonar su tejido interno y formular una fauna de sensaciones orientadas por la multidimensionalidad del elemento biológico, condensado aquí en dos territorios que revelan su propia gama de colores y sonidos: desde el cielo que se funde con el mar hasta la compleja y resonante espesura de la vegetación, lo cual no le impide a la obra ausentarse de su consciencia

política, ya que sugiere una crítica a la artificialidad y el alejamiento antropocéntrico con respecto a la consideración de lo natural en su inocencia, haciendo un reclamo estético de un territorio acostumbrado al abuso industrial. Así el artista solicita la tierra no para cavar minas, diseñar hoteles o cultivar balas en campamentos, sino para alertar poéticamente desde la contemplación entendida como reclamo de belleza en vez de explotación.

Quien visita, recorre día y noche como peregrino invitado a surcar un continuo de actividades que parten de la simpleza de un tono y se dirige a la complejidad de su juego en varios espejos, pasando por destellos invisibles del juego acústico y sutiles distorsiones del agua sobre la proyección. Su periplo carece de mapa, pero no de ruta, trazada en un tapiz casi intangible que se nutre de la sinestesia para reflejar la resonancia en los colores y luminiscencia en los ecos. Esta correlación, evidente en la experimentación tecnológica, da paso a estratos de lo orgánico donde el sonido y la imagen se desatan simultáneamente en su singularidad y en su moción integrativa, exponiendo el arte audiovisual como puente de ambos frentes al mismo tiempo que acepta la fragmentación y permite una autonomía donde lo visible danza libre en la retina y lo invisible se esparce en la pura escucha, en última instancia yendo más allá de ambos para forjar un territorio inmaterial, onírico, cuya narrativa ocurre en una honesta y sostenida contemplación, abierta a trascender la dualidad para acercarse a la plenitud del instante percibido. De este modo la noción misma de lo natural se cimienta en la experiencia inter-subjetiva de ondas que deambulan entre canales de

sonido, proyectores de video, mosaicos de espejos y gotas de agua, los cuales ofrecen un refugio en la imaginación para que cada quien construya su propia selva.